

Agosto

Julieta Bass

El reloj marcaba las 8:00 am y las pantuflas desteñidas acogían el frío de un par de pies marchitos. Una bata azulina abrigaba un cuerpo menudo, que tiritón, se deslizaba por el pasillo. Ya en la cocina, Don José encendía un pequeño calefactor para aminorar el frío de agosto. El fuego azotaba el metal de la tetera y los huevos chispeaban sobre la sartén. Don José tenía el hábito de tomar desayuno en la cama, mientras leía el diario con la televisión de fondo. Se colocaba sus lentes rectangulares, acomodaba las almohadas en su espalda y procedía a beber cuidadosamente un sorbo de café con leche.

Aquella mañana, teñida de gris, se vio interrumpida por la novedad de una presencia. Tras la ventana que iluminaba tenuemente la habitación de Don José, apareció una pequeña figura blanca y peluda. Un gatito detenido que movía su cola sutilmente, soltó un maullido agudo que desvió la atención de Don José. Él levantó la vista y arqueando las cejas, contempló la ternura del animal. En seguida, procedió a continuar con su rutina, bebiendo otro sorbo de café y enderezando el diario para retomar la lectura. Otro maullido provocó que el hombre volviese a mirar la escena de un gatito que permanecía quieto como una escultura. Con esfuerzo se levantó de la cama y abrió la ventana. “¿Qué quieres gatito?” preguntó y con un solo brinco, el animal entró a la habitación. Desconcertado por el atrevimiento del felino, lo siguió con la mirada y lo vio recostarse en la suavidad de la alfombra. Se oían los árboles mecerse con el viento, sugiriendo que pronto caería la lluvia. Don José se inclinó para acariciar al pequeño ser que, sin saberlo, sería aquel que lo acompañaría fielmente hasta el último día de agosto.